

Jean Franco, *The Decline & Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*

Cambridge, Mass. / London, Harvard University Press, 2002, 341 páginas.¹

Hace 20 años aparecía en edición póstuma *La ciudad letrada*, un libro del que sabíamos que iba a ser un hito en los estudios literarios latinoamericanos, como todos los que escribió Ángel Rama, pero del que no podíamos prever que sería el punto de partida de una relectura crítica de la institución literaria latinoamericana que contribuiría a una reorganización del campo de estudios literarios en el marco más amplio de los estudios sobre la cultura de América latina. Desde el título de su nuevo libro, Jean Franco establece una relación con el estudio de Ángel Rama, y no puedo evitar preguntarme, inútilmente por cierto, cuál habría sido el camino que el crítico uruguayo habría recorrido en estos últimos veinte años, y cuál sería su posición ante el diagnóstico de Jean Franco acerca del ocaso y la caída de la ciudad letrada. ¿Compartiría Rama la melancolía con la que Franco revisa los avatares de la ciudad letrada en los últimos cincuenta años? ¿Hasta qué punto el libro mismo de Rama no constituye un momento singular de ese asedio a la ciudad letrada?

Jean Franco empieza su libro recordando su llegada a Santiago de Cuba en 1953, poco después de Moncada, y a Alaíde Foppa leyendo poemas durante el toque de queda: la literatura, dice, juega un rol fundamental en el drama de pérdida que el libro reconstruye, porque ella articuló la utopía, y porque está implicada en su fracaso. Esa frase traza un arco sobre la historia que Franco se propone contar: la historia de las utopías forjadas en la ciudad letrada, la historia de los asedios y de la derrota. En un primer balance de la lectura, diría que Franco pone más bien el acento en la articulación literaria de la utopía y sus avatares, que en las implicaciones de la literatura con el fracaso de esa utopía.

Una y otra vez Jean Franco recuerda experiencias personales que son siempre experiencias políticas —ya se trate de su llegada a Cuba en 1953 o del shock que le produjo volver a México D. F. en 1967 después de diez años de ausencia y encontrarse con una megalópolis desconocida. *The Decline...* es también un libro de memorias, escrito en ese espacio fronterizo cada vez más transitado desde hace algunos años, entre lo privado y lo público, entre la memoria y la historia, en esa zona en que quien escribe reflexiona también sobre el lugar mismo desde donde está escribiendo: nuestra única posibilidad de ser objetivos, dice Donna Haraway, consiste justamente en dar cuenta de la subjetividad de nuestra perspectiva, de nuestra localización con la mayor honestidad intelectual posible. Y es justamente esa localización peculiar la que le permite a Jean Franco escribir algo así como una historia de la literatura latinoamericana de los últimos cuarenta años tomando en cuenta el contexto de la Guerra Fría de un modo mucho más consciente que como suele hacerse desde América latina.

El libro consta de tres grandes partes y once capítulos organizados en un vago orden cronológico. Los tres primeros capítulos están dedicados al conflicto entre las utopías latinoamericanas y las posiciones de la Guerra Fría, los tres siguientes a las “fantasías periféricas” de los años sesenta, los cinco últimos al giro de los setenta y ochenta, que puso fin a las utopías sesentistas, y a las consecuencias de esa “revolución cultural” en los noventa.

El capítulo 1 revisa la política cultural de los Estados Unidos respecto de América latina a partir de la posguerra —desde el uso de Walt Disney como embajador cultural al sur del Río Bravo durante la época de Nelson Rockefeller, pasando por el financiamiento de *Cuadernos para la libertad de la cultura*, cuya ideología universalista va dirigida contra los nacionalismos populistas de los años cincuenta, hasta el bien conocido caso de *Mundo nuevo* bajo la dirección de Rodríguez Monegal. La CIA, observa Franco, patrocinaba proyectos culturales desarticulados de los movimientos de liberación nacional y de democratización cultural, contribuyendo así a elevar a la literatura y al escritor latinoamericano al pedestal que siguió ocupando en los sesenta en la ciudad letrada —con fines diametralmente opuestos a los que perseguían quienes apoyaban la utopía revolucionaria. Octavio Paz y Mario Vargas Llosa son para Franco los grandes ejemplos de escritores que asumieron esa ideología del universalismo y la libertad, proclamando que la literatura está más allá de la historia y la política, y utilizando ese lugar superior y exterritorial para autorizar la propia palabra y revestirla del halo de las verdades superiores.

Entre los “manifiestos comunistas” de la cultura latinoamericana (capítulo 2), Franco pasa revista al muralismo mexicano, a la narrativa de Jorge Amado y sobre todo al *Canto General* de Neruda: “Tanto

¹ La versión en español se publicó durante la preparación de este número: *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, Barcelona, Debate, 2003, 427 páginas. La traducción de los pasajes del libro citados en la reseña pertenece a Andrea Pagni.

Siqueiros como Neruda, dos de los intelectuales comunistas más destacados del continente, parecen representar un final más que un comienzo. Con ellos, culmina el mito del poeta y artista como demiurgo y figura pública”.

Dedicado a los “territorios liberados”, el capítulo 3 designa en su título una de las fantasías latinoamericanas más poderosas de la época de la Guerra Fría, una esperanza de liberación que se realizaría primero en Cuba, luego en Nicaragua y en Chile. “En mi vida adulta, Cuba ha pasado de representar la vanguardia revolucionaria a evocar la nostalgia del ideal revolucionario perdido”, observa Franco, y no serán pocos los lectores que compartan esa perspectiva. Desde los tonos sepia de La Habana de Wim Wenders, Franco reconstruye los encuentros y desencuentros de la vanguardia artística y la vanguardia política en Cuba. El caso Padilla, el *Calibán* de Fernández Retamar y las fotografías del Che son momentos de esa reconstrucción: “El Che Guevara es hoy un ícono cultural en gran medida porque la época que él representa ha dejado huellas más bien culturales que políticas”. Una relación menos conflictiva entre vanguardia política y artística parece haber sido posible en Nicaragua, y también a fines de los sesenta y comienzos de los setenta en Uruguay y en Argentina.

El capítulo 4 está dedicado a la “fantasía periférica” del “antiestado”, que Franco analiza en la narrativa de García Márquez, Roa Bastos y Rulfo. Mientras que en *Cien años de soledad* Macondo es un antiestado en el sentido de un territorio matriarcal, no codificado por la razón del estado patriarcal, las últimas novelas de García Márquez ponen en escena un universo caído, que no puede ya ser reencantado. Y la novelística de Roa Bastos y Rulfo registra “ese tenue instante en el que lo que una vez se imaginó como comunidad orgánica, como cuerpo social, se fragmenta irrevocablemente y ya no puede ser representado en una narrativa teleológica”.

Las grandes novelas del “boom” se escribieron con el telón de fondo del debate sobre desarrollo y modernización en el marco de la Guerra Fría. La narrativa del “boom”, sostiene Franco, “despliega con sorprendente ingenuidad aquellas cualidades que las teorías del desarrollo consideraban inexistentes en la población de América latina, cuestionando al mismo tiempo las presuposiciones teleológicas de esas mismas teorías”. El capítulo 5 está dedicado justamente a esa relación y centrado en la lectura de *El astillero* como narrativa no sólo del colapso del desarrollo, sino también del “colapso todavía más devastador de la fe en el desarrollo económico como ideología dominante de los años sesenta y setenta en América latina”: en esta lectura, la novela de Onetti resignifica la muerte como última salida de la fantasía masculina, como desilusión respecto de la narrativa heroica de la liberación fundada en premisas iluministas.

En el inevitable capítulo dedicado al realismo mágico, convertido hoy en Estados Unidos en una *idée reçue* sobre América latina, Franco rastrea los orígenes de esa poética en el París de los años veinte, cuando el surrealismo etnográfico proyectaba la fantasía vanguardista europea hacia culturas y lugares remotos, consiguiendo fascinar también a los latinoamericanos residentes o de paso por París —Alfonso Reyes, Fernando Ortiz, Alejo Carpentier o Miguel Ángel Asturias. Franco lee *Leyendas de Guatemala* y *Los ríos profundos* como búsquedas de alternativas comunitarias indígenas ante al “capitalismo salvaje”, como intentos que, hoy lo sabemos, fracasan y terminan siendo resignificados por corrientes espiritualistas individualistas à la Carlos Castañeda.

En la tercera parte del libro, dedicada a las “revoluciones culturales”, Franco se ocupa de los cambios que implicó el fin de las utopías, marcado por las dictaduras en el Cono Sur, las guerras civiles y la represión en Centroamérica, la crisis económica de los 80 en Venezuela y la elección de Fujimori en Perú. Todo eso alteró radicalmente, dice Franco, las coordenadas vitales de la gente, sus expectativas y sus posibilidades, y por eso ella habla aquí de “revoluciones culturales”, que los capítulos finales del libro abordan desde distintos ángulos.

En primer lugar, el de los cambios urbanos: nostálgicamente recuerda Jean Franco la ciudad de México en 1957, su aire puro y las maravillosas vistas de los volcanes y el Ajusco, y la contrapone a la ciudad a la que regresó en 1967, llena de autos y autopistas y ruido. Con esta contraposición y el dato de que justamente en 1957 la Volkswagen inicia su “asalto a la ciudad”, apoyada por el programa de modernización de las autoridades locales, Franco abre la discusión acerca de los cambios que ha experimentado la ciudad latinoamericana en los años sesenta: ha dejado de ser aquella ciudad letrada que en el siglo XIX había sido el centro del imaginario de la nación y en el siglo XX también de la modernidad, para convertirse en megalópolis con nuevas reglas de inclusión y de exclusión, ya no a través de la cultura de la letra. Los escritores e intelectuales tradicionales, para quienes la ciudad moderna, como la estudió Sarlo en *Una modernidad periférica*, había sido el núcleo productor de la literatura y el arte, “se refugian”, como Rodríguez Juliá o Monsiváis, en la crónica urbana. A diferencia del prototípico escritor moderno Octavio Paz, Carlos Monsiváis no asume una voz consistente ni un lugar

definido desde donde hablar, pero tampoco adopta la mirada marginal del *flâneur*, sino que va con la corriente adaptando su voz a cada ocasión y sobrevive mediante el ingenio.

Además de la megalópolis y la crónica urbana, Franco explora la “seducción de los márgenes” en relación con el testimonio como otra brecha que se abre en los años setenta y ochenta en los muros de la ciudad letrada. El testimonio pone en juego el lugar hasta entonces seguro de lo literario al permitir el acceso de voces hasta entonces excluidas. *Me llamo Rigoberta Menchú*, observa Franco, tuvo una extraordinaria repercusión internacional y un impacto muy grande en el campo de los estudios latinoamericanos y culturales en los Estados Unidos, entre otras cosas porque venía a responder a una necesidad política en momentos en que, finalizada la guerra de Vietnam, los opositores a la política exterior estadounidense se vuelven hacia Centroamérica y descubren los movimientos de solidaridad como una nueva forma de participación.

Un tercer aspecto de la “revolución cultural” lo constituye según Franco la devaluación del cuerpo masculino y de la masculinidad tradicional, que en las “narrativas de la globalización” ha dejado de ser el centro de un orden que ya no existe, el orden de la modernidad. En *La virgen de los sicarios*, del colombiano Fernando Vallejo, en *Borracho no vale*, del mexicano Emilio Pérez Cruz, la ciudad deviene espacio de una trayectoria impredecible para hombres que van en busca de la muerte o el olvido a través del alcohol, y que al renunciar a su responsabilidad terminan potenciando al sistema del que son víctimas. En las crónicas del chileno Pedro Lemebel, que confrontan al lector con la disyunción entre las utopías sexuales y las divisiones sociales, la ciudad deviene teatro del deseo homosexual ilícito.

Franco dedica el penúltimo capítulo de su libro a la “memoria obstinada”, que opone a la narrativa oficial de la historia. Este capítulo se centra en las políticas de la memoria en las sociedades postdictatoriales y plantea una serie de preguntas: para la pregunta por el estatuto (im)posible de la tortura como materia literaria, Franco busca respuesta en textos de Juan Gelman, de Luisa Valenzuela, de Diamela Eltit; *En estado de memoria* de Tununa Mercado le permite responder a la pregunta por la posibilidad de compartir la memoria con quienes no sufrieron el trauma y sostener, apoyándose en los diagnósticos de Idelber Avelar y Alberto Moreiras sobre el imaginario del duelo en el neoliberalismo postdictatorial, que si bien la literatura se ha convertido en una categoría incierta, todavía ofrece la posibilidad de pensar un más allá del duelo.

El título del último capítulo (“Inside the Empire”), alude a una afirmación de Diamela Eltit: “Nada escapa al neoliberalismo. El arte y la literatura no están excluidos. Están incluidos”. Aquí Franco pasa revista a las posiciones de los intelectuales más destacados de los años noventa: desde Beatriz Sarlo hasta Silviano Santiago, pasando por Néstor García Canclini y sobre todo Nelly Richard. Para la pregunta que sirve de título al último acápite de ese capítulo: “What is left to literature?”, Franco remite a la poesía, el más marginalizado de los géneros literarios, el menos comercializable y consumible, pero no encuentra una respuesta clara, y termina sosteniendo, sin mucha convicción, que el derrumbe de la ciudad letrada no es solamente un escenario negativo, porque todavía queda algo vivo entre los escombros, aunque más no sea un esfuerzo de voluntad.

Comprendo el pesimismo de Jean Franco al final de su recorrido desde las utopías que iban a derribar las murallas de todas las ciudades letradas, no para acabar con éstas, sino para que todos pudieran habitarlas, hasta desembocar en el omnicompreensivo encierro de la globalización neoliberal. Con profunda integridad intelectual, Jean Franco ha ido marcando a lo largo de ese recorrido su propio lugar de narradora y protagonista en la historia que nos cuenta, el lugar de su mirada, de su experiencia. *The Decline and Fall of the Lettered City* no es sólo una revisión profunda de la literatura latinoamericana sobre el trasfondo de la Guerra Fría; Jean Franco ha escrito aquí las memorias de una generación de intelectuales, en la que también podemos encontrarnos quienes somos algo más jóvenes y quizás por eso mismo queremos creer que sí habrá una salida.

Andrea Pagni